# VICENTE ALEIXANDRE: *ALGUNAS CONTRADICCIONES, ALGUNOS RECUERDOS*

LA VIDA DE VICENTE ALEIXANDRE quizá nos sirviere, curiosamente, para explicar la diferencia entre el surrealismo español y el francés. Durante algún tiempo, y por influencia de Dámaso Alonso, se sostuvo una negación a nuestro surrealismo. Los poetas del 27 –decíase– escribían sin relación alguna con sus contemporáneos del otro lado de los Pirineos. Sólo un afán de singularidad mantenido contra viento y marea podía postular semejante afirmación. Bastarían la obra de Aleixandre y sus peculiaridades para plantear el tema de otra forma.

Los surrealistas franceses frecuentaron *corporativamente*, por así decirlo, el escándalo, la actuación llamativa y provocadora dentro de la sociedad a la que combatían. Los españoles se mantuvieron en una cierta discreción e individualmente; su presencia apenas excedía el ámbito literario. Cuando alguna vez incurrieron en excentricidades o impertinencias, sus protagonistas fueron autores muy influidos por los modos galos, como ocurrió con la insolente carta contra Juan Ramón Jiménez, firmada por Dalí y Buñuel, o con aquella divertida tarjeta de remisión formulada por los editores –Larrea y Vallejo– de la revista "Favorables París Poemas".

Es cierto que Cernuda anduvo elucubrando un manifiesto y una revista del surrealismo español, con Prados y José María Hinojosa, para lo que deseaban contar con Aleixandre, pero éste lo negó siempre. No es que se opusiere al proyecto, es que en todo caso aseguró que no fue verdad. "No, nunca existió tal cosa", respondía. Luis Antonio de Villena ha escrito que él le habló de la imposibilidad de llevar a cabo la idea, por razones económicas. Yo nunca he logrado aclarar las causas de tan firme rechazo aleixandrino incluso el propio nombre: cuando, en 1971, aparece su Antología de poesía surrealista, me consta que

aceptó el titulo sólo por imposición editorial, pero procuró paliar el término con la idea, más general, de irracionalismo. Recuerdo que Max Aub por entonces comentaba: "Hombre, nos hemos pasado los años diciendo que no había surrealismo español, y ahora Aleixandre publica una antología surrealista". Con todo, la muerte de André Breton debió de hacer meditar a nuestro poeta sobre el impulso que recibió desde el trascendental movimiento francés, conocidos por él sus barruntos desde su viaje a París de 1923, y escribió el poema "Funeral" en el que se citan los más notables títulos del surrealismo español: *Poeta en Nueva York*, de Lorca; *Un río, un amor*, de Cernuda; *Sobre los ángeles*, de Alberti, y su *La destrucción o el amor*. Yo creo que hubiera sido justo citar *La flor de la California*, pero otro cuento es la subestimación que hacía de Hinojosa.

La vida de Vicente Aleixandre se manifiesta de forma contradictoria, en efecto. Pertenece a una familia de la alta burguesía acomodada, y en ese estatus permanece durante toda su existencia, pese a ser un poeta de obra rebelde y clara disidencia. La actitud surrealista es, por naturaleza, disolvente: va contra lo establecido, contra los convencionalismos burgueses. La conciencia política de Aleixandre, puesta a prueba durante los cuarenta años de dictadura, es impoluta y ejemplar, pero su vida jamás abandonó el apartamiento sedentario. Se aducirá su enfermedad, mas es indudable que en Aleixandre hubo, en cierta medida y una vez superada la grave operación quirúrgica, une especie de enfermo imaginario. Su vitalismo, por otra parte, es real y contradictorio tanto con su sedicente mala salud cuanto con su filosofía pesimista. Su obra poética supone en el fondo una decepción frente al comportamiento humano. Su famoso verso "Humano, nunca nazcas" no es mera retórica, y su sentido se repite en otros versos posteriores. En *Sombra del Paraíso* es la queja frente a una realidad: la aparición del hombre sobre la tierra no fue un bien para la Naturaleza. Numerosas especies zoológicas y botánicas fueron exterminadas por su acción. El hombre es un tejido hipertrofiado en el conjunto del desarrollo natural, como dice Leszek Kolakovski, cuyo filosofismo pesimista nos recuerda a veces la poesía de Aleixandre. Años antes de aquel verso citado, en *Mundo a solas* había dicho "Sólo la luna sospecha la verdad / y es que el hombre no existe". Y no existe por el desamor. Años más adelante, en los *Diálogos*, proclama: "Todo el hombre ha muerto", esto es: la tierra, tras el exterminio atómico, se torna desierto estéril.

Tampoco la actitud frente a las creencias religiosas se corresponde con una supuesta formación inicial, dentro de la clase social en que se halla instalado. La poesía de Aleixandre es plenamente laica. Nada le inclina a la trascendencia ni a la metafísica. La vida tras la muerte es la de la materia en la que el cuerpo se integra. Algunas escasísimas alusiones a la Divinidad o al cielo, se reducen a un suave panteísmo o a una exaltación de la sensualidad contemplativa. Su *Nacimiento último* que en otras ocasiones he remitido al erasmismo del Maestro Bernardo Pérez de Chinchón, del sec. XVI, creo que tiene otro precedente más próximo. En "Cant Espiritual", de Joan Maragall (poema de 1910), el verso que lo cierra dice: "Sia' en la mort una major naixença" (Sea la muerte en mí un mayor nacimiento). Sabemos que, en 1918, ya después de su primer contacto con la poesía, Vicente leyó a Maragall en un cuaderno que llevaba consigo la profesora particular de su hermana Conchita. Era una joven licenciada catalana, que acudía a la casa de los Aleixandre en la calle de Serrano. ¿Parte, más o menos conscientemente, de ese verso la idea del nacimiento último? Si del misticismo sensualista de Maragall eliminamos la fe y añadimos cierto entusiasmo, obtendremos parecida exaltación de la naturaleza y un final en el que la dilatación de los límites humanos "acabará como una muerte reciennacida", verso de Aleixandre. Con todo, en su vida interior, fuera de la poesía escrita, creo que Vicente mantenía una suerte de fe. En cierta ocasión, conversando sobre este tema y concretamente en torno al agnosticismo, recuerdo que me dijo: "Si, pero es tan triste... La otra postura, al menos, ofrece una esperanza". Estimo que se trataba de un hondo anhelo que no se refleje, desde luego, en la obra.

Ajena, pues, su obra a toda inclinación religiosa y ajena su vida a toda ruptura social, insisto en la contradicción entre el poeta rebelde que él es, rompedor de moldes y prejuicios, y el burgués sosegado; entre el vitalista de refrenada sensualidad y el hombre de lento reposo. Yo creo, con creencia muy subjetiva y muy personal, que de esa contradicción brota precisamente su poesía, como una compensación, como una doble vida, como un Vicente Aleixandre que sale fuera de sus límites y vive no en las nubes, no en el sueño –no es un surrealismo onírico el suyo– sino en una realidad distinta de la que él es consciente, como se es consciente de un hijo que actúa fuera de nosotros y con sus propios valores. Por eso no hay, en realidad y bien mirado, poemas directamente

autobiográficos en sus libros. La materia autobiográfica que pueda sustentarlos queda oculta, casi borrada. El yo se retira siempre, aunque siempre esté mirando desde un rincón de la conciencia. Es cierto que, por ejemplo, "Padre mío", poema de *Sombra del Paraíso*, nace de un suceso familiar: la muerte del padre, tres años antes de ser escrito. Pero más que un poema de amor filial creo que es un poema de sentimiento de la orfandad, del desamparo del ser humano, como despojo desválido en medio de un cosmos radiante.

La biografía de Aleixandre –la he llevado a un libro de 1970 reeditado en 1978– es lineal, sin apenas altibajos, y carece de sucesos espectaculares, ni en la social ni en lo sentimental. En lo social, casi todos sus compañeros de generación que entran en la posible calificación de rebeldes, ofrecen aconteceres más arriesgados. Emilio Prados anduvo por Europa en los años del prenazismo. Rafael Alberti militó en el Partido comunista. García Lorca recorrió América con su teatro. Cernuda vivió la experiencia de universidades extranjeras y asimismo abrazó el marxismo algún tiempo.

En lo sentimental, son evidentes la prudencia y la discreción de Aleixandre para cuanto pudiera parecer fuera de "lo bien visto". Quizá esto motivó que Luis Cernuda, tan amigo suyo en los años treinta, le calificase de cobarde. La valentía para Cernuda se ve que presentaba matiz distinto. Les cinco cartas de los años cuarenta que José Luis Cano publicó en 1989 deben, a mi juicio, no salir del círculo que el propio José Luis calificaba de íntimo y sagrado. A mí me parece discutible aquello que André Maurois llamó "el deber de la indiscreción". Aunque a veces lo revelado puede añadir aspectos humanos al personaje, alejándolo de la estatua, yo no publicaré ni secundaré nada que no responda a mi admiración, mí devoción y mi respeto por la persona.

El propio Vicente confesaba la contradicción de sus impulsos y de su vida social: "Nadie sabe de mí. Esa imagen de un V. A. casi goethiano, en su Weimar del Parque Metropolitano, como algunos dicen, me hace sonreír. Bajo el sereno reposo y las fieles visitas o el amable desfile, yo solo sé la que vive". Al cerrar su bibliografía, en 1974, sus *Diálogos del Conocimiento* despliegan la contradicción a través de personajes que contraponen formas de vida. No son, en último término, sino el propio Vicente contemplando, por así decirlo, su propia contradicción.

No podemos olvidar que los años son para todos una riada que inunda los cauces del vivir, y su paso transforma el paisaje. Los comienzos aleixandrinos lo sitúan en una línea romántica e idealista desde la que ve a los poetas como ángeles desterrados. Al final, confiesa que es la materia y su realidad tangible la que suena, y "no la voz de los ángeles".

Aleixandre tarda en entrar a la poesía. No tanto como algunos comentaristas dicen, pero sí algo. En Málaga –ciudad a la que va desde Sevilla con dos años– es condiscípulo de Emilio Prados. Pero ningún contacto poético. Tampoco durante el bachillerato, en Madrid, examinándose en el Instituto San Isidro, cuyo expediente nos muestra que fue un alumno magnifico. El primer año –1909– obtuvo seis notables. El segundo, cuatro sobresalientes y un notable. El tercero, todas asignaturas sobresaliente. En el cuarto, tres sobresalientes y dos notables, con una matrícula de honor. En el quinto, asimismo sobresalientes y notables. En 1914 ingresa en la facultad de Derecho y se licencia en 1919. Simultáneamente, estudia la carrera de Comercio y en 1920 obtiene el título de Intendente Mercantil. Al año siguiente es nombrado Profesor ayudante, encargado de curso, en la asignatura de Legislación Mercantil. Su trabajo de graduación versó sobre "Régimen de puertos francos". Elaboró también dos estudios técnicos: "Cómo pueden revertir al Estado los bienes de las empresas ferroviarias" y "Derechos de los comerciantes sobre los locales arrendados". Colabora en la revista "La semana financiera" y dicta un curso de verano sobre "Lenguaje de la técnica comercial", en la Residencia de Estudiantes.

Curioso enlace –año 1922– con sus compañeros de generación. García Lorca residía en el famoso centro desde 1919, pero hasta 1927, en el estreno de *Mariana Pineda*, no se conocerían. Antes, el mismo 22, conoció a Rafael Alberti –"Rafael Alberti, pintor", rezaba la tarjeta–, en una exposición de éste en el Ateneo de Madrid. Vicente aún desempeñaba un cargo en una empresa de ferrocarriles. El tránsito de una dedicación mercantil a un convivio literario fue breve y, sin duda, abrupto. Para mayor conmoción, la enfermedad es obstáculo sobrevenido. El 22, la primera dolencia; al 32 la grave intervención quirúrgica. *Pasión de la tierra*, *Espadas como labios*, *Mundo a solas*... son libros emparejados con el dolor, incluso vistos con los ojos de una muerte posible. *La destrucción o el amor*, recién terminado, ve morir a su madre, Doña Elvira. Para

Aleixandre la cuestión ya no es crear un producto artístico más o menos arbitrario, sino hacerlo desde el trastorno que supone una vida humana perturbada por la propia naturaleza y, recíprocamente, recibir una naturaleza transgredida por la vida humana.

Antes de alcanzar un *sentirse ser* en la poesía, tanteó juegos ultraistas, exhumados por Alejandro Duque Amusco, olvidadas pronto. Piezas iniciales de *Espadas*... las tituló, lúdicamente, "Cantando en las Carolinas". Rectificó en seguida. En cuanto a *Pasión de le tierra*, tuvo muchas dudas. Gabriele Morelli, en su excelente edición crítica, marca la gradación del título: *Evasión hacia el fondo*, *Hombre de la tierra*, *Pasión de la tierra*. Mi impresión es que el primer título le pareció demasiado freudiano y el segundo demasiado nerudiano. No se olvide que, aun cuando Vicente insistió en dar como fecha inicial de la escritura el año 1928, pasaron varios antes de entregar el original, y *Residencia en la tierra* se conocía desde 1933.

La amistad con Neruda fue cordial, pero no creo que profunda. Recuerdo una conversación en la que manifestaba su desaprobación al comportamiento de Pablo con su mujer y con Delia en Madrid, en la famosa "casa de las flores" del barrio de Argüelles. Delia le había enviado un grabado a Vicente, desde Santiago y Vicente recordaba la pasada relación amistosa. Con ese motivo me contaba Vicente que Miguel Hernández tenía mucha simpatía por aquella niña deforme y por su madre, y que se quejaba de la conducta de Pablo. Luego, ese juicio se suavizó merced el cariño que Miguel sentía por Delia, a la que dedicó un conocido poema. "Se portó mal Pablo con Delia", concluyó Vicente.

Volviendo a *Pasión de la tierra*, las dudas de Vicente siguieron muchos años. Ya se vio en la nota prologal a la edición de Adonais. Además, resulta muy significativa la satisfacción con que acogió el propósito de Luis Antonio de Villena de realizar una edición del libro, en 1976. "Los jóvenes, ya ves, se interesan ahora por aquel lejano libro", me dijo con alegría ingenua.

Tanto esa edición –muy valiosa– como la citada de Morelli, han estudiado con pormenor admirable tan complejos poemas en prosa, así como los espejos más o menos directos: Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont. Y la fuerte impresión que en la época causaron las teorías de Freud. Sobre esas influencias se ha insistido bastante. En cambio, yo creo que ha pasado menos comentada la huella que

en el gran poeta cósmico que es Aleixandre dejaron las lecturas de Hölderlin. Carlos Bousoño y Luis Cernuda apuntaron esa presencia en *Sombra del Paraíso*. No sé en qué medida las lecturas de los románticos alemanes tuvieron apoyo en Eva, la profesora alemana con la que Vicente mantuvo una relación sentimental.

Un antecedente curioso que no he visto nunca eludido se relaciona con *La destrucción o el amor*. Por supuesto que en el libro están las contradicciones aleixandrinas ya señaladas, pero cabe recordar este párrafo de Don Miguel de Unamuno –Vicente era buen lector suyo–, en *Del sentimiento trágico de la vida*: "Hay sin duda algo trágicamente destructivo en el fondo del amor, tal como en su forma primitiva animal se nos presenta, en el invencible instinto [...] al abrazarse, se odian tanto como se aman y, sobre todo, luchan. [...] Lo que perpetúan los amantes sobre la tierra [...] es la muerte. El amor es hermano, hijo y, la vez, padre de la muerte que es su hermana, madre e hija".

En el curso de su vida juvenil, antes de la guerra, coexistían el hijo de familia y el poeta cada vez más renovador. En las reuniones familiares, presididas por el padre, D. Cirilo, especie de consejero de toda la familia, Vicente era un muchacho solícito y afectuoso. Si se formaba una partida de cartas, siempre estaba dispuesto a completar el grupo. Si se generaba una conversación, nunca faltaban sus intervenciones. A distintas horas, en la misma casa se celebraban las reuniones literarias de Vicente con sus amigos. Eran otra cosa: nunca se mezclaban unas y otras. Allí el poeta iba consolidando amistades. El círculo se fue ampliando y, tras la guerra civil, se abre a poetas de generaciones más jóvenes, como el mismo Vicente ha contado en varios escritos y como se patentiza –hermosa y generosamente– en las páginas de *Los encuentros*.

Recuerdo los últimos veranos en Miraflores: transcurrían suaves y lentos, como si el tiempo fuera un terciopelo inmóvil. Me hablaba de esos amigos, en el correr de los años. "Mis amigos del mundo de la Literatura, nunca he tenido otros", me decía.

Ya el viejo poeta no podía contemplar las cimas serranas sino desde su jardín doméstico, por cuyos senderos apenas paseaba. ¡Tanta vida, tantos versos en este querido paisaje! La figura del anciano cantor, nunca extraña a la tierra, se difuminaba al contraluz del crepúsculo.

... la piedra
por mí tranquila os habla,
por mí la hierba tiembla hacia la altura.

El poeta hablaba despacio, pero sin fatiga, y su voz no era nostálgica, sino de segura evocación y de aceptación noble. Amaba el diálogo, pausado e íntimo, como siempre en su dilatada vida.

La tarde cae. El poeta también, en un largo silencio y tiende su mirada sobre los campos, de los que se despide una luz final.

No he de volver, amados campos...
elevadas montañas,
gráciles ríos fugitivos
.....
Sobre esta cima solitaria os miro,
campos que nunca volvereis por mis ojos.

Los ojos del poeta se cerraron aquel otoño de 1984, para siempre.

Había pasado el poeta unos días en el Sanatorio de Santa Elena, muy cerca de Velintonia. El 13 de diciembre, en estado pre-agónico se le trasladó a su casa: a su dormitorio. A lo que pudo llamarse celda monacal o cuarto de modesto estudiante. Vicente era hombre austero y de suma sencillez. Sobria estancia, con pequeña luz a la cabecera, envuelta en una tulipa transparente. La luz que cayó sobre tantos papeles de trabajo nocturno, enmarcó el final de una de las aventuras poéticas más hermosas, de uno de los seres más nobles de nuestro tiempo